

manera, que se puede decir que el Hijo está en el Padre, el Padre y el Espíritu Santo estan en el Hijo, porque no hay nada en ninguna de estas tres personas, que no se halle en el mismo grado en las otras dos. El abad Joaquin extendió tambien sus especulaciones á la moral. Aflijante los desórdenes y la corrupcion que reynaba generalmente: exhortaba á los hombres á la perfeccion, y proponia la vida contemplativa como el único medio que podia conducir á ella. De aquí infirieron algunos falsos místicos, que segun los principios de Joaquin estaba imperfecta la ley evangélica, y que habia de substituirsele otra mas excelente; esto es, la ley del Espíritu. Esta ley de perfeccion se pretendia que solo el abad de Flora la habia conocido, que él solo la habia enseñado, en esto mas iluminado y mas útil á los hombres que Jesu-christo y sus apóstoles. Sobre este conocimiento se levantaba un edificio, que no era mas que un conjunto de sueños y absurdos, recogidos en un libro intitulado *el Evangelio Eterno*, que contenia todos los secretos de la vida contemplativa ó perfecta. Este libro lo atribuian unos á Juan de Roma, séptimo general de los PP. Menores, y otros á algunos religiosos del orden de Predicadores, que habian sido discípulos de Amauri, ó que se habian imbuido en su doctrina. La division de las tres épocas de la religion y de los tres reynados, de los quales el último es el del Espíritu Santo, se halla en él, con otras muchas ideas que componian una parte del sistema de Amauri; y esto es quizá la causa por qué se atribuye á algun autor instruido en su escuela. Muchos religiosos, encaprichados con una falsa perfeccion, se llenaron de las máximas esparcidas en el libro del Evangelio Eterno, y trabajaron por acreditarlas. La universidad de París se levantó contra esta novedad, condenó la doctrina del Evangelio Eterno, y hizo un decreto contra los que la insinuasen de palabra ó por escrito. El papa Alexandro IV. proscribió tambien á los defensores de esta obra, y á los falsos místicos que adoptasen sus extravagancias; y el concilio de Arlés el año 1260 la condenó al fuego con los demas escritos que se hubiesen hecho en su defensa.

## ARTICULO XI.

*Personas ilustres: fundadores de nuevas órdenes religiosas.*

**E**n los artículos antecedentes hemos hablado de muchas personas que han llegado á ser insignes, ya por sus virtudes, ya por los servicios que han hecho á la Iglesia. Si fuese de nuestro plan dar á conocer circunstanciada-mente á todos los que han honrado el siglo XIII. con heroicos exemplos de piedad, y cuántas cosas admirables tendríamos que decir en este artículo, y con cuántas relaciones gloriosas á la religion no podríamos enriquecerlo? Hariamos ver con exemplos célebres que la santidad mas eminente, el desprendimiento de grandezas y riquezas, el espíritu de mortificacion y las demas virtudes del christiano, se han hallado mas de una vez reunidas con el mas alto nacimiento, y con los títulos mas sobresalientes segun el mundo. Estos exemplares tan propios para probar que la gracia de Jesu-christo, siempre fecunda, y siempre poderosa, presenta á los christianos modelos de perfeccion aun en los tiempos mas corrompidos, los tomariamos de la historia de una santa Isabel, hija de Andrés, rey de Hungría, y muger de Luis, Landgrave de Turingia; de una santa Heduvigis, duquesa de Polonia; de un san Luis, obispo de Tolosa, hijo de Cárlos el Coxo, rey de Nápoles; de un san Tibaldo de Marli, abad de los Valles de Cernai, de la ilustre casa de Montmorenci; de un Mateo de Termes, general de la orden de los Agustinos, mas conocido con el nombre del beato Agustin de Sicilia, &c. Pero para contentarnos en los límites que nos ha parecido deber señalar- nos, no hablaremos aquí mas que de los personages, cuya vida y acciones estan mas estrechamente ligados con la historia de este siglo, y mas particularmente todavia de los santos fundadores de órdenes, quien por medio de estos grandes cuerpos de que han sido cabezas y legisladores, han influido en el estado de la Iglesia mientras han vivido, y despues en las edades siguientes.

Domingo, fundador de la orden de Predicadores, que nació en la diócesis de Osma, en España, el año de 1170, era de la noble casa de Guzman. Sus padres, que á lo es-

clarecido de su nacimiento juntaban el mérito de una gran piedad, lo hicieron educar conforme á estos principios. Despues de haber pasado los primeros años en casa de un tio materno, eclesiástico virtuoso y muy instruido, que no puso ménos cuidado en inspirarle el amor á la religion y la inclinacion á las letras, fué á continuar sus estudios á la universidad de Palencia, que era la mejor escuela de toda España. Alonso VIII., rey de Castilla, que apreciaba las ciencias, habia llamado á ella de Francia y de Italia sujetos hábiles para que enseñasen todas las facultades, que componian entóncestel curso de los estudios públicos. Domingo estuvo allí quatro años, los quales empleó en estudiar filosofia y teología; no omitiendo al mismo tiempo el exercitarse en la práctica de todas las virtudes propias de un christiano que desea salvarse. Habiendo oido hablar de su raro mérito el obispo de Osma Diego de Acebes, deseó agregarlo á su iglesia, y lo hizo entrar en su cabildo, en donde este piadoso prelado habia establecido la regularidad. Al cabo de dos años, recomendable ya Domingo por su prudencia y habilidad para la direccion de las almas, aunque todavia jóven, fué nombrado subprior de la comunidad, que era el segundo puesto. El obispo ocupaba el primero con el título de prior, porque habia tambien abrazado la vida regular. En este empleo dió á conocer Domingo mas y mas su gran prudencia y los otros dones preciosos que Dios habia depositado en él.

Habiéndole llevado el obispo de Osma á Francia y á Roma, lo acompañó en la mansion que hizo en Tolosa. Allí fué testigo Domingo de los horrosos estragos que causaba la heregía de los albigenses en esta ciudad y en todo el Langüedoc, y sensible, como lo era, á todos los males espirituales de los christianos, no pudo ver sin dolor la pérdida de tanta multitud de almas, seducidas por unos predicadores entusiastas é hipócritas, que siempre estaban en movimiento para hacer prosélitos y extender el error, el que habia hecho tanto progreso, que apenas habia una familia que no estuviere inficionada, muchas veces toda ella, y quando ménos algunos de sus miembros. El ver el dominio que se iba tomando la heregía por todas partes sobre la verdad, fomentó en Domingo el designio de instituir una nueva orden, cuyo destino fuese únicamente convertir hereges, y preservar á los católicos por

medio de la predicacion. Este proyecto, de que esperaban que resultarían á la Iglesia las mayores utilidades, lo aprobaron los papas Inocencio III. y Honorio III.; pero con la restriccion de que Domingo y los compañeros que se le habian agregado, eligiesen una regla ya recibida y aprobada en conformidad del decreto que acababa de expedir el concilio IV. de Letran, en punto de las órdenes que se fundasen. Domingo escogió la regla de san Agustin, que ya profesaba como canónigo reglar; añadiendo á ella algunos exercicios mas austeros y algunas leyes particulares, que determinaban el objeto de su instituto. La santa sede lo aprobó en esta forma; y así en su origen no fué la orden de los dominicos mas que una congregacion de canónigos reglares, dedicados especialmente á la predicacion, y sujetos en todo á la jurisdiccion de los obispos. En el año 1220 en que se celebró su primer capítulo general renunciaron ya por consejo del santo fundador la posesion de los bienes raices y las rentas anuales. Con esta renuncia solemne se hicieron mendicantes; y este es su verdadero estado, aunque en adelante hayan hecho los sumos pontífices algunas modificaciones.

El primer establecimiento de los PP. predicadores fué la casa que un rico ciudadano de Tolosa les dió en esta ciudad. Inmediatamente las tuvieron en Roma, Bolonia, París, y en las principales ciudades de Europa. Los progresos de esta nueva orden fueron tan rápidos, que en el año 1221, en el segundo capítulo general celebrado por el santo fundador, se establecieron ocho provinciales para cuidar del gobierno de otras tantas provincias, que eran las de Francia, España, Lombardia, Romanía, Alemania, Provenza, Hungría é Inglaterra. No hubo año en que este instituto no hiciese nuevos establecimientos. Los hombres mas famosos en ciencia y virtud se apresuraban á abrazarlo. Como entraban ya hechos, contribuian á su crédito con sus talentos; y los jóvenes que tenían alguna inclinacion á la piedad, venian en tropas, luego que salian de los estudios, á pedir el hábito á los superiores de las casas que conocian. En estos felices principios la ciencia y la virtud eran el carácter de los mas de los religiosos que componian la orden de santo Domingo. No se ocupaban en otra cosa que en convertir á los pecadores, y en reducir al gremio de la Iglesia á los que

la heregía habia sacado de él. Su desinterés, su pobreza, su paciencia y sus demas virtudes daban á sus palabras una eficacia, á la qual era difícil resistir. Esparcidos por donde quiera que habia errores y vicios que combatir, producian en todas partes los frutos mas abundantes por medio de su predicacion y buen exemplo.

El santo fundador era su modelo. La caridad con el próximo, su zelo por la salvacion de las almas, su prudencia y discrecion quando tenia que tratar con las gentes, su modestia, y la sencillez de su exterior en medio de las victorias y aplausos, le grangeaban la veneracion de los grandes y del pueblo. Habia recibido el don de milagros, y se citan entre otros tres resurrecciones de muertos, que obró Dios por su medio. Estos hechos, notorios en el tiempo en que las personas restituidas á la vida existian aun, son de aquellos de que no es lícito dudar. El siervo de Dios, cada vez no obstante mas humilde, recomendaba frecuentemente á sus discípulos la pobreza, el desinterés y el huir de los honores vanos del siglo, diciéndoles que el modo de conservar su primer fervor seria el exercicio de las virtudes. Sin embargo de no tener todavía mas que 51 años de edad, conoció se acercaba su fin. No era de temperamento robusto, y sus fatigas continuas habian alterado demasiado temprano su constitucion. Luego que se sintió acometido de la calentura, dió sus últimos avisos á sus hermanos; despues de lo qual no tuvo otro anhelo que el de unirse con Dios. Murió en Bolonia el dia 6 de Agosto del año 1221. A sus exéquias asistió un concurso prodigioso de gente, sin contar los cardenales, obispos, abades y otras personas de distincion, que juzgaron indispensable el asistir. Dios, que habia manifestado la santidad de su siervo con prodigios mientras vivia, los obró nuevos y en mayor número en su sepulcro. El papa Gregorio IX., que lo habia conocido y estimado, lo canonizó solemnemente el año 1234.

La orden de los padres Menores ó Franciscanos, no ménos rápida en sus progresos que la de santo Domingo, debe su origen á un santo hombre, cuyo carácter y acciones debieron de parecer extraordinarias, ántes que se conociesen los tesoros de gracia y de prudencia que Dios habia escondido en él. Nació en Asis en Umbría el año 1182.

Su padre, llamado Pedro Bernardon, era mercader, como la mayor parte de los simples ciudadanos de las ciudades de Italia. Púsosele el nombre de Juan en el bautismo; pero no se le conoció en adelante mas que con el de Francisco, que le vino, segun dicen, de la facilidad con que habia aprendido la lengua francesa, que era necesaria á todos los italianos que se dedicaban al comercio. Su padre no le hizo aprender mas que las cosas relativas á su profesion, y omitió proporcionarle qualquiera otra instruccion. Desde niño tuvo un grande amor á los pobres; y no encontraba á ninguno á quien no se sintiese movido á socorrer, desnudándose de sus vestidos quando no tenia otra cosa que darles. Tambien tuvo muy con tiempo una fervorosa inclinacion á la oracion y contemplacion. Retirábase á menudo para vacar á este santo exercicio á una iglesia inmediata de Asis, dedicada á san Damian. Un dia, que hacia allí oracion con mucho fervor, le pareció oír interiormente una voz, que le convidaba á reedificarla. Ocupado con este pensamiento marchó á casa de su padre, tomó unas quantas piezas de tela, y las fué á vender á una ciudad inmediata, para emplear el dinero que produxesen en reedificar esta iglesia. Su padre ciego de cólera lo buscó por todas partes para castigarlo, por haber hecho de su hacienda un uso tan poco conforme con las ideas de interés, de que regularmente estan apoderadas las gentes de comercio: pero él se ocultó á las diligencias de este padre irritado, escondiéndose en un foso hondo, donde pasó algunos dias. Luego que se le desvaneció el miedo, se reprehendió á sí mismo de cobarde, y resolvió pasar á Asis, y declarar á su padre que renunciaba sus bienes y todas las fortunas del siglo por seguir á Jesu-christo y servirle en la pobreza que habian practicado los apóstoles. Para expresar mejor esta completa renuncia, se desnudo de sus vestidos en presencia del obispo de Asis, y se los dió á su padre; lo que pudo executar sin faltar á la decencia, porque debaxo llevaba un cilicio.

Movido el obispo de Asis del ánimo y fervor del mozo, lo tomó baxo de su proteccion, y le hizo traer vestidos. Dieronle los de un paisano, que estaba en servicio del prelado; y eran una túnica de tela tosca, con una capa semejante, y su capueha, al modo de la gente

del campo. El santo hombre los admitió; y este trage fué el que sirvió de modelo para el que hizo llevar á sus compañeros. De este modo salió de la ciudad, y primero se dedicó al servicio de los leprosos. Despues de haber pasado algun tiempo exercitando la caridad y humildad, se retiró á una Iglesia pequeña, dedicada á Maria Santísima, á alguna distancia de Asis. Esta iglesia, llamada *la Porciuncula*, y *nuestra Señora de los Angeles*, se hallaba en muy mal estado. Francisco la reparó con el socorro de las limosnas que recogia en los lugares vecinos. Al lado se hizo una celdilla, y allí pasaba lo mas del dia y de la noche en oracion. Con el tiempo logró la iglesia de la Porciuncula de una comunidad de Benedictinos, de quien era propia; recogió sus primeros discípulos al rededor de ella, y allí fué donde echó los cimientos de su orden.

Al principio de su retiro no se mostró mucho anhelo por imitar su género de vida; porque en realidad era algo extraordinaria, y el exterior del santo varon tan repugnante, que mas era para despreciarlo y huir de él, que para entregarse á su dirección. Pero los que los observaron de mas cerca no pudieron ménos de confesar que el espíritu de Dios obraba en él. Un ciudadano rico de Asis y un canónigo de la catedral, tocados del deseo de seguir el mismo camino, fueron los dos primeros que se unieron con él. A poco tiempo recibió otros cinco compañeros, y muy en breve tuvo once. Entónces le pareció descubrir que la intencion del cielo era valerse de él para llamar crecido número de personas á la penitencia; y para restablecer entre ellos la uniformidad de gobierno, le ocurrió escribir una regla. Los consejos evangélicos fueron el fundamento de ella, sin que añadiese otra cosa que algunas prácticas proporcionadas á la idea que tenia de reunir en sus discípulos lo que veia dividido entre los demas religiosos; á saber, el exercicio interior de la oracion, y las funciones exteriores del ministerio apóstolico. Francisco, aunque sencillo y sin estudios, tenia mucho juicio y grande experiencia en las cosas espirituales. Sin embargo, su modestia y la desconfianza que tenia de sus propios alcances, le movieron á consultar con los mas instruidos de sus compañeros sobre la regla que se proponia dar á su orden. Aprovechóse de sus dictámenes, y se confirmó en la idea de ordenar de tal mo-

do la forma de su instituto, que los pastores pudiesen hallar en él auxilio, sin temer el menoscabo de su autoridad, ni la usurpacion de sus derechos. Con efecto se ve, tanto por la regla del santo fundador, como por las instrucciones que en varias ocasiones dió á sus hermanos, que su intencion fué siempre que estuviesen sujetos en todo á los obispos y párrocos, no pasando á predicar ni á exercer ninguna otra funcion, sino con aprobacion suya y baxo sus órdenes. Esta es una observacion que conviene tener presente quando se vea á los padres Menores, á exemplo de los predicadores y de otros mendicantes, solicitar y lograr en adelante tantos privilegios contrarios al espíritu del santo patriarca.

Todavía faltaba á la regla de san Francisco el sello de la autoridad pontificia, para dar á su orden una forma constante y una existencia legal en la Iglesia; y así resolvió con sus once compañeros ir á Roma á pedir su aprobacion al papa Inocencio III. Llegado que hubieron, les costó mucho trabajo penetrar hasta el trono apóstolico. Su apariencia grosera, la singularidad de su trage, y la novedad de su género de vida, los hicieron rechazar al principio; pero habiendo hablado el papa con Francisco á instancia del obispo de Asis, que se hallaba á la sazón en Roma, y de algunos cardenales, hicieron en él tanta impresion las luces que descubrió en este varon baxo el exterior de una simplicidad admirable y de una profunda humildad, que aprobó su regla de viva voz el año 1210, entre tanto que se confirmaba mas auténticamente. Esta confirmacion no se verificó hasta el año 1223, siendo pontífice Honorio III. En el intervalo de tiempo que medió entre estas dos épocas se multiplicó en tanto grado la orden de los padres Menores, que en el primer capítulo general celebrado por el mismo san Francisco en 1219, el número de los religiosos que lo componian pasaba de 50.: porque la máxima del santo fundador era admitir todos aquellos á quienes el deseo de hacer penitencia y de trabajar por la salvacion del próximo movia á abrazar su instituto. Por otra parte la comparacion que no podia ménos de hacerse entre la vida relaxada del clero en general y la regularidad, por lo ménos exterior de muchas sectas heréticas, y especialmente de los valdenses que lo renunciaban todo, se entregaban á la

pobreza, y hacian alarde de practicar el Evangelio á la letra, hizo conocer á una infinidad de piadosos católicos quan necesario era hacer patente á los ojos del mudo en comunidades numerosas y probadas por la Iglesia la realidad de las virtudes, cuya apariencia habia contribuido demasiado á la propagacion del error. Esta disposicion de un crecido número de personas, junta con la esperanza de ensalzarse á un grado sublime de perfeccion por medio de un género de vida extraordinaria y nueva, contribuyó no poco á que se admitiese el instituto de los padres Menores en todas las naciones christianas.

En estos primeros tiempos de su institucion y en tanto que vivió el santo patriarca, se les veía humildes, pacientes, sufriendo las afrentas y desprecios; no deseando otra cosa que su santificacion y la del próximo, contentos con lo poco que se les daba, y aun alegrándose quando por un efecto de indiferencia ó de dureza de los hombres carecian de las cosas mas necesarias. No se puede negar que éste era un espectáculo nuevo en el mundo, y que cotejado con la corrupcion que generalmente reinaba en las costumbres, era muy conveniente para inspirar respeto y emulacion. El deseo de alcanzar la corona del martirio trabajando en la conversion de los infieles, era un afecto de que participaban con su padre muchos hijos de san Francisco. Algunos pasaron á España y otros á Marruecos á anunciar el Evangelio á los musulmanes. Estos últimos tuvieron la gloria de sellar con su sangre el testimonio que dieron á la fe. El mismo san Francisco, animado del mismo zelo, despues de haber tomado providencia para las necesidades de su orden recién nacida en el capítulo de 1219, de que hemos hablado, se embarcó para Asia; y poco tiempo despues de su llegada penetró en el campo de Meledin, sultan de Egipto, y llegó hasta este príncipe. Hablóle de Jesu-christo con tanta eficacia como libertad, exhortándole á dexar la ley de Mahoma, para abrazar la de un Dios que murió en la cruz. Si no lo convirtió, le inspiró por lo ménos una grande veneracion. Habiéndole ofrecido Meledin ricos regalos, que no quiso admitir, mirándolos como lodo, lo despachó prontamente este príncipe, por miedo de que sus razones no hiciesen alguna impresion en los musulmanes, y al despedirlo le dixo: *Ora por mí, para que*

*Dios me dé á conocer la religion que le es mas agradable.*

Despues de su vuelta á Europa hasta el año 1226 en que murió no se ocupó el santo fundador mas que en perfeccionarse en la práctica de las virtudes, que siempre habian sido su único estudio. Luego que conoció que se llegaba su última hora, se hizo tender desnudo en el suelo, no conservando mas que el cilicio, y habiéndose desnudado de los vestidos que acostumbraba llevar encima, para morir de este modo en el ejercicio de la pobreza; su virtud predilecta. En este estado exhortó á los PP. que se derretian en lágrimas, prosternados al rededor de él, á perseverar en el amor de la humildad, de la pobreza, de la privacion de todo, en el desprecio de las cosas de este mundo, y á huir de las honras que habian renunciado al vestirse el hábito de penitencia. Luego extendió los brazos, y les echó su bendicion, despues de lo qual rezó como pudo el Salmo CXLI. *Voce mea ad Dominum clamavi*, y entregó su alma al pronunciar las últimas palabras: *Me expectant justi, donec retribuas mihi*. Luego que murió, se vieron claramente las señales ó impresion de las llagas del Salvador crucificado, que habia recibido dos años ántes de su muerte en el monte de Albeinea, en donde estaba en oracion. San Buenaventura autor de su vida refiere, citando testigos oculares, que estas eran como unos clavos formados de su carne en pies y manos, cuya cabeza negra como hierro se veía hácia arriba, y las puntas de la misma materia parecian dobladas hácia abaxo, y que la llaga del costado estaba encarnada como una especie de rosa. Este hecho, extraordinario como es, se debe contar entre aquellos que es imposible rechazar. Entre la infinidad de testigos que lo han asegurado, los hay tan respetables, que no se puede sospechar que por ningun motivo plausible hayan querido contribuir á acreditar una patraña. Prelados, cardenales recomendables por sus luces y por su piedad, el papa Alexandro IV., y muchos seglares de todas clases, que han jurado haber visto y tocado esta impresion milagrosa, no han podido engañarse sobre un hecho de esta naturaleza, ni tenido ningun interes en engañar á los demas. Los prodigios que se obraron en el sepulcro del siervo de Dios, enterrado en la iglesia de san Jorge en Asis, movieron al papa Gregorio IX., dos años despues de la muerte del santo, á venir allí á ha-

cer oracion. Habiendo recogido el pontífice, segun la forma establecida, las pruebas multiplicadas de sus virtudes y milagros, lo puso solemnemente en el catálogo de los santos, y le concedió las honras debidas á sus méritos. Quando san Francisco murió no tenia mas que 45 años, de los quales habia gastado 20 en servicio de Dios desde el principio de su penitencia.

Pero no fueron solos los hombres á quien el exemplo de san Francisco movió á renunciar de todo punto el mundo, y á hacer la penitencia mas austera. Las mugeres tambien, no ménos valerosas aunque mas delicadas, quisieron participar de la gloria de un heroismo, que su debilidad natural y su educacion parecia deberles prohibir. Una jóven, llamada Clara, de familia noble y rica de la ciudad de Asis, fué la primera que caminó por esta carrera difícil. Su madre, nombrada Hortulana, era una muger muy virtuosa. Estando para parir, y rogando á Dios con fervor que le concediese un parto feliz, le pareció oír una voz que le decia que no temiese, y que daría al mundo una lumbrera brillante, que es por lo que nombró Clara á su hija. Esta hija de bendicion mostró muy con tiempo declarada inclinacion á la piedad. Amaba á los pobres y les daba quanto podia: gastaba en orar el tiempo que las otras pasaban en sus diversiones de la infancia; y por este medio anunciaba los grandes fines á que Dios la destinaba.

No tenia Clara mas que 18 años, quando formó la generosa idea de entregarse enteramente á Dios. Comunicóla con san Francisco, quien la corroboró en este pensamiento, y algunos dias despues recibió de sus manos el hábito de penitencia. El santo la puso como en depósito en una comunidad de Benedictinos; sus padres acudieron á sacarla de allí, y volverla al mundo; pero ella se resistió valerosamente, y léjos de ceder inspiró á su hermana, llamada Inés, el deseo de imitarla. Despues de esta conquista admitió Clara muchas compañeras, que vinieron á participar con ella, baxo de la direccion de san Francisco, de los trabajos y consuelos de la vida penitente. Vivía en un monasterio que los PP. les habian edificado junto á la iglesia de san Damian, reparada por san Francisco al principio de su conversion. Su vestido era pobre y tosco: ayunaban á menudo; y no comian mas que para impedir á la naturaleza que se rindiese. Algunas

tablas en el duro suelo eran su cama con un pedazo de madera por almohada. Este es el origen de la orden austera, á que se ha dado en Francia el nombre de orden de santa Clara, que fué su fundadora y primera superiora.

La santa penitente pasó 42 años en este retiro. Su austeridad la habia debilitado de tal modo, que tuvo que estarse en la cama los 20 últimos años de su vida. Suplia con una oracion fervorosa y continua los ejercicios, que no podia ya hacer con la comunidad, y con un trabajo mas descansado, pero igual á aquel en que hubiera querido tener parte con sus hermanas. Los papas Gregorio IX. y Inocencio IV. la honraron con su estimacion y confianza, y aun muchas veces la consultaron en sus dificultades, y encomendaron á sus oraciones los intereses de la Iglesia. Por último la santa penitente pasó á recibir el premio de sus méritos el día 11 de Agosto de 1253. El papa Inocencio IV. y los cardenales, seguidos de una infinidad de gente, se tuvieron por muy honrados en asistir á su entierro. Dios manifestó la santidad de su sierva con los milagros que se obraron en su sepulcro, y el papa Alexandro IV. la canonizó solemnemente el año 1255.

Las varias necesidades de la Iglesia habian sugerido á santo Domingo y á san Francisco la idea de fundar dos órdenes, de las quales la una se destinaba á combatir á los hereges por medio de la predicacion, y la otra á santificar á los pecadores con la penitencia. Un caballero de Languedoc, llamado Pedro Nolasco, se admiró de que no se hubiese fundado alguna otra, para socorrer á los christianos que gemian en las prisiones de los infieles, expuestos continuamente á negar la fe por libertarse del cautiverio mas duro y del mal tratamiento que se les hacia padecer. Llevado de este pensamiento, formó el proyecto de consagrarse á una obra de caridad tan meritoria. Habiendo nacido en el Auraguais, cerca de Castelnandary el año 1189, habia seguido á los principios la profesion de las armas, y agregádose á Simon de Montfort, caudillo de las cruzadas de Languedoc. Este señor que conocia su mérito, lo puso al lado del jóven príncipe Jayme de Aragon, hijo de Pedro II., muerto en la famosa batalla de Muret. Hecho rey de Aragon Jayme I., ayudó la piadosa intencion de Pedro Nolasco. Este príncipe, cuyas armas fueron tan temibles á los musulmanes, estaba compadecido

de la triste suerte de los christianos que cautivaban en la guerra. Aplaudió el zelo del generoso caballero, que tanto se interesaba en sus males. Raymundo de Peñafort, de la orden de santo Domingo, de la que fué tercer general, era su confesor y el de Pedro Nolasco. Aprobaba mucho su intencion, y luego que todo estuvo dispuesto para la execucion, lo recomendó eficazmente al rey. De este modo tuvo Pedro Nolasco el consuelo de ver solemnemente establecida su orden el año de 1223 en la iglesia catedral de Barcelona á presencia del rey y de un gentio numeroso. Raymundo de Peñafort hizo un sermón expresivo sobre el objeto del nuevo instituto, despues del qual el obispo que celebraba la misa dió el hábito á Pedro Nolasco, y á los compañeros que se habian juntado con él. Este hábito, que era blanco, consistia en una túnica, un escapulario y una capa. El escudo de las armas de Aragón con una cruz encima estaba figurado en el escapulario. A los tres votos comunes de religion añadieron otro, por el qual los que la abrazaban se obligaban á quedar en rehenes entre los infieles por la redencion de los cautivos. En los dos primeros viages que hizo el santo fundador á tierra de mahometanos para cumplir con su objeto, sacó de su poder 400 christianos que tenían esclavos. El año 1235 aprobó el papa Gregorio IX. las constituciones del nuevo instituto, que habia dispuesto san Raymundo de Peñafort. Esta orden se conoce en la Iglesia con el nombre de nuestra señora de la Merced. San Pedro Nolasco murió el año de 1256 de edad de 67, pronunciando estas palabras del salmo CX.: *Redemptionem misit Dominus populo suo*; pero no fué canonizado hasta el siglo XVII. por el papa Urbano VIII.

En el siglo XIII. fué quando se empezó á conocer en Francia la orden de los Carmelitas, que tanto se ha propagado despues. Segun la pretension de estos religiosos, sube su origen al tiempo de Elías y de los profetas, á quien tienen por patriarcas. Si esto fuere así, no habria comunidad en la iglesia que tuviese mas larga fecha, ni que fuese mas respetable por su antigüedad; pero es un punto de crítica, cuyo examen no pertenece á esta obra. Lo cierto es que todavía se ven en el monte Carmelo en Palestina; en donde estan situadas las grutas de los profetas Elías y Eliseo su discípulo, las ruinas de muchos mo-

nasterios que ha destruido el tiempo y la asolacion de los musulmanes. En el tiempo de las primeras cruzadas se hicieron algunos ermitaños unas celdillas con los despojos de estos antiguos edificios, y vivieron en ellas separados del mundo, repartiendo el tiempo como los monges antiguos en cantar salmos, en orar, y en trabajar de manos. Hacia el año de 1209 creado el patriarca de Jerusalem Alberto obispo de Verseil, dió regla á estos ermitaños, que no tenían otra que ciertas prácticas fundadas en la tradicion. Esta regla en extremo sencilla no contiene mas que 18 artículos. Está dirigida á Brocardo y á los otros ermitaños, que vivian baxo de su obediencia junto á la fuente de Elías. En ella se ve que los religiosos del monte Carmelo no comian carne, que ayunaban desde la exaltacion de la santa Cruz hasta pascua, que muchos de ellos no sabian leer, y que aquellos rezaban cierto número de padre nuestros. Por último el B. Alberto les encarga con particularidad las oraciones, el trabajo de manos y el silencio. Al volver san Luis de la tierra santa, se traxo algunos de estos religiosos á Francia, y los estableció en París en el sitio donde al presente está el convento de los Celestinos.

Este artículo lo acabaremos con los Agustinos, que tambien deben su origen al siglo XIII. En este siglo habia muchas congregaciones de ermitaños, unas que seguian la regla de san Benito, otras la de san Agustin. Estos ermitaños eran mendicantes, y aseméjándose bastante su modo de vestir al de los padres Menores, se aprovechaban de esta semejanza para sacar las limosnas de los fieles. Los Franciscanos se quejaron de esto; y para averiguar sus quejas dispuso el papa Gregorio IX., por una bula dada el año de 1240, que los ermitaños llevasen un hábito negro ó blanco, no tan largo que les cubriese el calzado (porque los padres Menores iban descalzos) y con un baston en la mano, para distinguirlos todavía mas de los otros mendicantes. Es probable que este reglamento no remedió todos los inconvenientes, porque Alexandro IV. rennió en un solo cuerpo de religion, y baxo de la obediencia de un mismo superior general, cinco de estas congregaciones de ermitaños el año de 1256, y les dió la regla de san Agustin, de la que tomaron el nombre. Estos religiosos tuvieron casa en París desde el

año 1259 en las cercanías de la calle, que de ellos se ha nombrado calle de los Agustinos antigua.

## ARTICULO XII.

*Escritores eclesiásticos.*

Sin embargo que las artes de puro gusto y luxo se cultivasen en Constantinopla en medio de las borrascas que agitaban al estado; que los literatos fuesen en crecido número, y que nos hayan quedado de ellos muchas obras apreciables en el ramo histórico, se puede asegurar que por lo que mira á las ciencias eclesiásticas no han producido nada los griegos de este siglo que en realidad sea interesante. Toda su erudicion, todos sus trabajos en este género se reducian al exámen de los objetos de doctrina, y de las prácticas exteriores en que no iban conformes con los latinos. Sepárense de sus varios escritos que se han conservado hasta nuestros dias aquellos que hicieron por establecer las opiniones y usos de su Iglesia tocantes á la procesion del Espíritu Santo, al pan ázimo, al celibato de los clérigos, al ayuno del sábado, &c. y entónces nada quedará. Sin embargo, estas obras no dexan de ser útiles, porque nos dan á conocer qué especie de pruebas contraponian los griegos á los latinos en la discusion de los puntos en que estaban discordes, qué argumentos sacaban de ellas, y cómo respondian á los racionios de sus contrarios. En ellas se ve que no habia cosa mas fútil ni mas fácil de destruir que estas pruebas y estas respuestas, á las quales sola la terquedad podia dar bastante fuerza sobre estos ánimos preocupados para autorizarlos á permanecer en el cisma. Esta es toda la utilidad que el dia de hoy se puede sacar de los varios escritos de los griegos sobre esta materia.

Ya hemos observado en el artículo V. que la filosofia aplicada á la ciencia de la religion y el derecho canónico, eran los principales objetos de emulacion en que en este siglo se ocupaban los eclesiásticos estudiosos. Aquí conviene dar á conocer algo por menor los sabios que mas se distinguieron en esta carrera, para que se pueda formar idea de sus talentos y progresos. Entre la multitud de estos escritores escogeremos aquellos, cuyas obras cé-

lebres en su tiempo conservan todavía alguna fama en el nuestro, y remitimos á los lectores, que en este punto deseen noticias mas extensas á las grandes historias literarias, publicadas despues de la restauracion de las letras de Europa. Con eso no saldremos de los límites en que la naturaleza de esta obra nos obliga á contenernos.

Para seguir el orden cronológico, empezaremos por Alexandro de Hales, llamado así del lugar de su nacimiento, en el condado de Golcester, en Inglaterra. Los primeros estudios los tuvo en su patria, y despues vino á París, en donde se aplicó al lado de los mejores maestros de esta famosa escuela á la filosofia y teología. Era doctor, y tenia ya tan sobresaliente reputacion, que se habia grangeado segun el gusto del tiempo los títulos de doctor irrefragable y de fuente de vida, quando entró en la religion de los padres Menores el año 1222. Gobernó muchos años y con mucho lucimiento la escuela de su orden en el convento de París, donde murió el año 1245. Alexandro de Hales habia compuesto un crecido número de obras de varias especies sobre materias de teología y de moral. Pero las mas de las que nos quedan con su nombre, tanto impresas como manuscritas, las tienen por supuestas ó dudosas los mejores críticos. La suma de teología que lleva su nombre es la única obra que verdaderamente será suya, porque el comentario sobre el maestro de las sentencias que se le atribuye, no es otra cosa que esta misma suma con distinto título. En este escrito que emprendió de orden del papa Inocencio IV. sigue el mismo plan y orden de materias que el Maestro de las sentencias; pero extiende mucho mas que Pedro Lombardo la libertad del racionio, y la de proponer quæstiones curiosas y arrogantes. En todas las materias que tienen relacion con el gobierno de la Iglesia y con los derechos de la gerarquía, apoya sus decisiones en las máximas establecidas por las decretales falsas. Si se le hubiese de creer, la autoridad del papa es absoluta, indefinida, superior á qualquiera otra, independiente de las leyes y de las costumbres. Llega hasta defender que la potestad episcopal no es mas que una emanacion de esta autoridad plena y entera, que reside esencialmente en el papa. No debe causar admiracion el hallar estos principios en la obra de un franciscano, porque sabida cosa es que los